

HISTORIA DEL PENSAMIENTO

HISTORIA DEL PENSAMIENTO

Volumen II Las ideas como creencias

La mente del Renacimiento

Reforma y Contrarreforma

**La edad de la razón:
la matemática como salvación**

La Ilustración

Ediciones Orbis, S.A.

David Hume: el principio de asociación

LA ASOCIACIÓN DE IDEAS

El punto clave del pensamiento de Hume reside en su teoría de la asociación de ideas. Él mismo, en el *Abstract* (1740) o resumen de su genial obra juvenil, el *Tratado de la naturaleza humana* (1739), nos dice que «si algo puede dar derecho al autor a un nombre tan glorioso como el de inventor, es el uso que hace del principio de la asociación de ideas». Efectivamente, en las dos obras citadas, así como en las *Investigaciones sobre el entendimiento humano*, donde resume y remodela algunos temas del *Tratado*, el principio de asociación de ideas es el que rige su crítica a las ideas de sustancia, causalidad e identidad personal, los tres grandes temas que definen su posición epistemológica.

La posición común al pensamiento empirista, en el que se incluye Hume, es tomar como evidente la aparición y desaparición de las ideas en la mente. Parece algo tan obvio, que puede tomarse como principio. Ahora bien, el problema inmediato es explicar el origen de este espectáculo de ideas. A esa primera evidencia solía añadirse otra: que el ritmo y el orden de sucesión de las ideas no depende de la libre voluntad del sujeto; incluso en los casos en que el orden de sucesión se aleja de lo habitual —locura, sueños, alucinaciones, fantasías— el espectáculo tiene su orden. Debido a esto, y centrándonos en aquellas ideas que llamamos conocimiento del mundo, se tendía a pensar que su orden, su regularidad, su constancia, eran debidos al hecho de ser efectos de una causa externa que producía impresiones al actuar sobre el sujeto perceptivo. A veces esa causa se llamaba mundo, como en Locke; y otras se decía Dios, como en Berkeley.

El principio de asociación

Hume se siente orgulloso de haber encontrado una tercera vía en la que puede explicar el flujo de nuestras representaciones y sus regularidades sin necesidad de imaginar una causa externa que, por no ser objeto de experiencia sensible, no es evidente. Es el principio de asociación [véase texto n.º 1], que hacía las veces del principio de atracción newtoniano: si éste permitía explicar el



Vista general de Edimburgo desde Carlton Hill. Nacido en Edimburgo, Hume ingresó en la universidad de esta misma ciudad muy joven, pero la abandonó a los quince años de edad tras estudiar un curso de arte. Luego se dedicó durante un tiempo a estudiar derecho, pero lo abandonó por la filosofía, que era su gran interés. Tras una breve incursión en el mundo de los negocios (trabajando con su padre en Bristol), pasó a Francia (al colegio de La Flèche, donde estudiara Descartes) y allí permaneció de 1734 a 1737. Durante estos tres años, su «pasión dominante», como él mismo confiesa, fue el deseo de celebridad literaria: fue entonces cuando escribió su principal obra filosófica, el *Tratado*, no contando aún treinta años de edad. En 1744 intentó ocupar una cátedra de ética y «filosofía pneumática» en Edimburgo, pero, debido a su rechazo de los principios religiosos tradicionales, no la consiguió. En vista del fracaso, se hizo primero preceptor de un huérfano, luego ayudante de un general y después secretario de un embajador, lo que le permitió viajar por Austria, Italia y Francia... y ganar dinero suficiente para retirarse a escribir. Sus últimos años los pasó en Edimburgo.

origen del movimiento y del orden del mundo físico sin necesidad de un primer motor o un ordenador providencial, aquél hacia lo propio en el dominio de la conciencia. Se conseguía así una immanencia total: la mente sólo tenía que leer en ella misma lo que ocurría, observar sus propios fenómenos y establecer sus leyes, sin recurrir a instancias explicativas ultrasensibles (metafísicas).

Hume pensaba que la asociación era como una «fuerza moderada» que obligaba al espíritu, de forma natural e inadvertida, a pasar de una idea a otra. Esta fuerza regía la «asociación natural espontánea», que se distinguía de la «asociación artificial», o filosófica, llevada a cabo mediante la reflexión y que, al menos aparentemente, construía relaciones arbitrarias.

La asociación natural podía ser por composición (modos y sustancias), por relación inmediata (semejanza, contraste, grado en la cantidad y grado en la cualidad) y por relación mediata (identidad, contigüidad y causalidad). De todas ellas hay unas que tienen un mayor interés filosófico: las de sustancia, identidad y causalidad; y a ellas dedicará Hume su crítica. Esta crítica está dirigida por un criterio de demarcación, que le sirve para ir detectando las ideas ilegítimas o pseudoideas, convirtiendo su reflexión en una tarea de profilaxis antimetafísica. Dicho principio es que toda idea es copia de una impresión. Por lo tanto, dada cualquier idea, si no podemos encontrar la impresión sensible de la que es copia, podemos concluir que no es verdaderamente una idea, sino una palabra sin contenido.

Crítica a las ideas de sustancia y causa

Con un uso hábil y radical de este principio nos invita a representarnos la impresión de la que es copia la supuesta idea de sustancia, y la de causa, y la de yo...



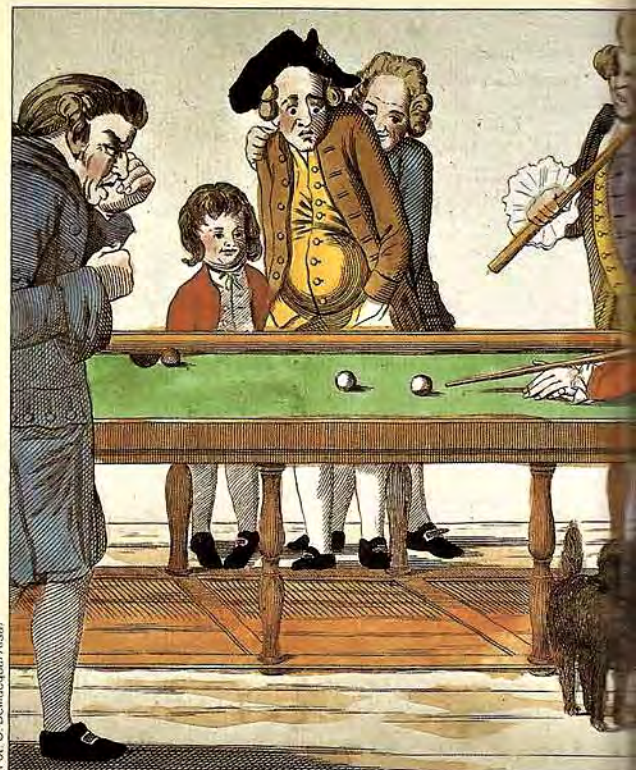
(Fot. Zardoya-Pressfoto)

Hume critica la idea de sustancia con estas palabras: «Me gustaría preguntar a esos filósofos que basan en tan gran medida sus razonamientos en la distinción de sustancia y accidente, y se imaginan que tenemos ideas claras de cada una de estas cosas, si la idea de sustancia se deriva de las impresiones de sensación o de las de reflexión. Si nos es dada por nuestros sentidos, pregunto: ¿por cuál de ellos, y de qué modo? Si es percibida por los ojos, deberá ser un color; si por los oídos, un sonido; si por el paladar, un sabor; y lo mismo con los otros sentidos. Pero no creo que nadie afirme que la sustancia es un color, un sonido o un sabor. La idea de sustancia deberá, pues, derivar de una impresión de reflexión. Pero estas impresiones se reducen a nuestras pasiones y emociones, y no parece posible que ninguna de éstas represente una sustancia.»

¿Quién puede representarse la idea de sustancia? Sólo conseguimos representarnos colecciones de impresiones que, por estar habitualmente unidas en composición, mostrando constancia y estabilidad, nos llevan a suponer un sustrato en el que se dan. Pero dicho sustrato no es perceptible, no podemos tener de él impresión alguna; por tanto, no es posible una idea de sustancia: esta palabra designa no una idea, sino una colección de cualidades simples. [Véase texto n.º 2.]

De la misma manera, en la relación causa-efecto sólo percibimos la conjunción espacio-temporal de dos fenómenos (por ejemplo, en el choque de dos bolas de billar), cómo uno sucede a otro, pero no hay impresión alguna de causa. Lo que es simplemente una conexión reiterada, habitual, pasa a imaginarse injustificadamente como conexión necesaria y causal. En rigor, la palabra “causa” no designa ninguna idea, sino una conexión habitual entre dos fenómenos, una simple relación reiterada. [Véase texto n.º 3.]

Esta crítica a las ideas de sustancia y de causalidad afectaba profundamente a la idea tradicional de ciencia como conocimiento universal y necesario, por causas. Disueltas las sustancias y rota la supuesta necesidad causal en la conexión de los fenómenos, podría pensarse que el mundo se convierte en un simple flujo caótico de imáge-



(Fot. C. Bellacqur/Alcan)

nes en nuestra conciencia, sin regularidad ni orden, o con ritmo caprichoso. Obviamente, Hume no lo cree así en absoluto. Por un lado, el principio de asociación garantiza la conexión de las cualidades, sus composiciones o “cosas” habituales, así como sus correlaciones o “leyes naturales”. Todo va a seguir igual: lo que cambia no es la ciencia, sino nuestra conciencia de la ciencia: en lugar de creerla conocimiento universal y necesario, la crearemos conocimiento probable; en lugar de conocimiento de esencias, conocimiento de relaciones habituales; en lugar de conocimiento por causas, conocimiento por hábitos.

Crítica de la identidad personal

Pero tal vez causó más impacto la crítica de Hume a la identidad personal, a la idea del yo, aunque no debería extrañar tanto: se trata de extender la crítica de la sustancia material a la espiritual, de aplicar a la sustancia pensante la crítica general a la sustancia. La identidad personal supone la permanencia de un ente soporte o sujeto de acciones, pasiones, percepciones... que constituyen la vida humana. Hume dirá que, efectivamente, percibimos, tenemos conciencia de esas sensaciones que constituyen nuestra vida, pero no podemos percibir ningún yo por debajo



Tate Gallery, Londres (Fot. Ornozi)

Hume critica también la idea de causalidad. A veces observamos que un fenómeno A (por ejemplo, que una bola de billar golpea a otra) va invariablemente seguido por otro fenómeno B (que la otra bola sale disparada) y suponemos que en realidad hay una relación entre A y B en virtud de la cual B se sigue necesariamente de A: decimos que A es causa de B. Sin embargo, según Hume, aunque un fenómeno preceda siempre a otro, no debemos inferir que el primero sea causa real del segundo. Si cuando sucede el primero esperamos que siga el otro, es sólo por hábito mental.

de ellas, autor de ellas. La idea de yo, por tanto, no existe: sólo hay una palabra que, o no designa nada, o designa sólo una colección de impresiones, un flujo de sensaciones. [Véase texto n.º 4.]

El principio de simpatía

Pero, claro está, las cosas no acaban aquí. En los libros 2.º y 3.º del Tratado, en la Investigación sobre los principios de la moral (1751) o en De las pasiones, Hume extiende este principio de asociación a la esfera de la vida práctica. Ahora hablará de simpatía, que pertenece a las pasiones humanas igual que la asociación pertenece a las ideas.

Toda pasión va acompañada de simpatía, de una fuerza dirigida al placer y a ahuyentar el dolor. El hombre tiende naturalmente al bienestar: el utilitarismo, así, queda fundado en la naturaleza humana. Ahora bien, el utilitarismo bien entendido pasa por la benevolencia; la pasión egoísta se satisface por mediación del altruismo. Por ello, la simpatía que opera entre las pasiones potencia el amor a los otros, originando la familia y la sociedad.

La doctrina político-social de Hume es muy atractiva, como puede verse en sus Ensayos morales, políticos y literarios (1741) o en sus Discursos políticos (1752). Frente a las doctrinas iusna-

turalistas y contractualistas, Hume insiste en que los hombres viven en sociedad no para realizar su naturaleza, para ser verdaderamente hombres, sino para mejor satisfacer sus intereses privados. Pero, eso sí, consciente de que puede satisfacer mejor su egoísmo pactando con los otros que en la imposible soledad. De este modo, las leyes expresan acuerdos consensuados para buscar la utilidad común; lo justo no expresa unos valores eternos, sino acuerdos históricos, flexibles, cambiables, adaptándose continuamente a la maximización del bienestar colectivo.

Por tanto, en lugar de apoyar la ley en lo moral, hace derivar esto de la ley racionalmente comprendida y asumida. El sentido moral, que Shaftesbury y Hutcheson habían autonomizado, como algo innato a los hombres, Hume lo ve como el resultado del pensamiento: cuando gracias a éste el hombre comprende que su interés privado está mejor protegido y satisfecho encuadrado en el bien público, defendiendo la ley, los ciudadanos se elevan a la moralidad. Entonces pueden amar a los otros, desear el bien para ellos, conscientes de que así consiguen mejor su propio bienestar.

Las leyes, las instituciones, el Estado, son, pues, un artificio, un instrumento del que los hombres se sirven para defender mejor sus intere-

En esta página, retrato de una niña por J. Reynolds. Hume critica la idea de yo, de identidad personal: «Hay filósofos que se imaginan que somos conscientes en todo momento y de manera íntima de lo que denominamos el yo; que percibimos su existencia y su continuación en la existencia, y están seguros, por encima de la evidencia de la demostración, tanto de su perfecta identidad como de su simplicidad.» Y añade: «Por mi parte, cuando entro más íntimamente en lo que llamo mi yo, me encuentro siempre con una u otra percepción particular, de calor o frío, de luz o de sombra, de amor o de odio, de dolor o de placer. Nunca puedo coger el yo sin una percepción, y nunca puedo observar sino una percepción.» Puede haber filósofos que digan que perciben su yo, «pero el resto de la humanidad no es más que una colección de percepciones.»

ses. Sienta así las bases del utilitarismo moderno, que Adam Smith y J. Bentham harían triunfar en el mundo anglosajón, mientras en el continente triunfaba la teoría del contrato social.

La religión: natural pero ilusoria

En fin, Hume también extendió su principio de asociación al estudio de la religión, en obras como *Historia natural de la religión* (1757) o *Diálogos sobre la religión natural* (1777).

Hume considera que el sentimiento religioso tiene su raíz en los sentimientos de miedo ante la muerte, de deseo de vida eterna, de terror ante lo desconocido. Estas ideas impulsan al espíritu, a la imaginación, a producir otras que las compensen y que restablezcan la confianza, el consuelo y, en suma, la felicidad. De ahí que surjan ideas de dioses, héroes o santos, las mitologías, que sirven a los hombres para poner luz en lo desconocido, para garantizar la justicia y el triunfo del bien. De ahí que todas las religiones sean en su origen politeístas; el monoteísmo es fruto de una sofisticada abstracción. Hume contrasta la tolerancia de las religiones naturales politeístas, que no tenían problema en multiplicar sus dioses y santos, con la intolerancia de las monoteístas.

Vemos, pues, que Hume trata de explicar las ideas religiosas a partir de representaciones naturales, al igual que en lo político intenta explicar cómo los hombres llegan a aceptar la vida social y la ley movidos por pasiones naturales, o al igual que explicaba la ficciones metafísicas como trampas en las que la mente cae de forma natural... Hume considera que todas estas ficciones, por ser naturales, no son eliminables; pero cree que, explicando su origen, tomando conciencia de su carácter ilusorio, nos habremos liberado de su dominio sobre nosotros. Seguiremos hablando de sustancias y causas, seguiremos considerándonos individuos con una subjetividad permanente, seguiremos hablando de moral y defendiendo la justicia e incluso seguiremos guardando internamente cierta fe religiosa; pero, no obstante, sabiendo su carácter ilusorio, aunque natural, nunca más nos someteremos a los despotismos, las guerras, los fanatismos, las imposturas que en su nombre se han llevado a cabo en la historia.



(Fot. Zardoya-Pressfoto)

«En todos los incidentes de la vida», afirma Hume, «debemos conservar nuestro escepticismo. Si creemos que el fuego calienta o que el agua refresca, es sólo porque nos cuesta mucho trabajo pensar de otro modo. Es más: si somos filósofos, debería ser únicamente sobre principios escépticos.» Es el final del racionalismo: simplemente, las creencias racionales no existen. Hume ha intentado ser razonable y empírico, dudar de todo lo dudable, confiar sólo en lo que nos enseñen la propia experiencia y la observación. Pero llega a una conclusión demoledora: ni la experiencia ni la observación nos pueden enseñar algo. Culmina así el escepticismo británico: Locke nos permitía deducir, partiendo de nuestras percepciones, la existencia de la materia (sólo esto, pero al menos esto); Berkeley nos negaba incluso ese derecho, pues de nuestras percepciones sólo podemos inferir la existencia del espíritu en el que esas percepciones se producen. Hume va más lejos: sólo hay percepciones sensibles; de la existencia de las percepciones no podemos deducir que haya una materia ni un espíritu; sólo que hay esas percepciones.

Por el escepticismo a la historia

Sustituir, pues, la certeza de la razón, tanto en la ciencia como en el dogma, por la simple creencia, probabilidad o fe, sustituir un orden a la medida de la razón por otro a la medida de la pasión, convencido de que la naturaleza es suficiente para reproducir la vida y de que la razón, útil cuando es instrumento de pensar, resulta peligrosa cuando se cree ley de la realidad o fuente del deber.

Este escepticismo ante la razón [véase texto nº. 5] llevó a Hume de sus apasionadas posiciones iniciales de joven filósofo amante de la forma literaria a sobrio historiador que ya no busca verdad alguna, sino que sólo pretende dar cuenta de cómo los hombres producen ficciones y llegan a creer en ellas. Su obra historiadora se concreta en su *Historia de los Estuardos* (1754), que fue ampliándose hacia atrás y la convirtió en una *Historia de Inglaterra* desde la invasión de Julio César hasta la revolución de 1688; e incluso prolongó un poco el período del origen. Pero nunca se decidió a continuarla hacia delante, tal vez porque había aprendido los muchos riesgos que entrañaba. Se dice que, cuando fue insistentemente invitado a ello, esgrimió cuatro convincentes razones: «Debo declinar no sólo ésta, sino cualquier otra oferta de carácter literario, por cuatro razones: porque soy demasiado viejo, demasiado gordo, demasiado perezoso y demasiado rico.»

José Manuel Bermudo
Profesor de historia de la filosofía
en la Universidad de Barcelona

TEXTOS DE HUME

1. La asociación de ideas

«Si las ideas estuvieran completamente desligadas e inconexas, sólo el azar podría unirlas; sería imposible que las mismas ideas simples se unieran regularmente en ideas complejas –como suelen hacerlo– si no existiese algún lazo de unión entre ellas, sin alguna cualidad asociativa por la que una idea lleva naturalmente a otra... Las cualidades de las que surge tal asociación y por las que es llevada la mente de este modo de una idea a otra son tres: SEMEJANZA, CONTIGÜIDAD en el tiempo o lugar, y CAUSA y EFECTO.» (Tratado, I, I, IV.)

2. Crítica de la idea de sustancia

«No tenemos ninguna idea de sustancia que sea distinta de la de una colección de cualidades particulares, ni poseemos de ella otro significado cuando hablamos o razonamos sobre este asunto.

»La idea de sustancia, como la de modo, no es sino una colección de ideas simples unidas por la imaginación y que poseen un nombre particular asignado a ellas, mediante el cual somos capaces de recordar –a nosotros o a otros– esa colección.» (Tratado, I, I, VI.)

3. Crítica de la causalidad

«Comenzaremos con la primera cuestión, concerniente a la índole necesaria de la causa. Es una máxima general en filosofía que todo lo que empieza a existir debe tener una causa de su existencia. Por lo común, se admite la validez de esto en todo razonamiento, sin aducir –ni exigir– prueba alguna. Se supone que está basado en la intuición, y que es una de esas máximas que, aunque puedan ser negadas de palabra, los hombres no pueden poner en el fondo realmente en duda. Pero si examinamos esta máxima según la idea de conocimiento antes explicada, descubriremos que no hay rastro alguno de una tal certeza intuitiva; por el contrario, hallaremos que su naturaleza es por completo extraña a ese tipo de convicción.» (Tratado, 2, III, 3.)



Palacio Barberini, Roma (For. Alisa)

Venus presenta Elena a París, por G. Hamilton. Frente al fanatismo y a la intolerancia característicos de las religiones monoteístas, que son sofisticadas construcciones de la razón abstracta, Hume contrapone la tolerancia de las religiones naturales politeístas, que no tenían problema alguno en multiplicar sus dioses y santos. Pero él se queda con la filosofía: «Es verdad –dice– que la superstición es mucho más audaz en sus doctrinas e hipótesis que la filosofía, y que mientras esta última se conforma con asignar nuevas causas y principios a los fenómenos que aparecen en el mundo visible, la primera abre un mundo propio y nos presenta escenas, seres y objetos absolutamente nuevos. (...) Hablando en general, los errores en materia de religión son peligrosos; los de la filosofía, sólo ridículos.»

4. Crítica del yo

«Si hay alguna impresión que origine la idea del yo, esa impresión deberá seguir siendo invariablemente idéntica durante toda nuestra vida, pues se supone que el yo existe de ese modo. Pero no existe ninguna impresión que sea constante e invariable. Dolor y placer, tristeza y alegría, pasiones y sensaciones se suceden una tras otra, y nunca existen todas al mismo tiempo. Luego la idea del yo no puede derivarse de ninguna de estas impresiones, ni tampoco de ninguna otra. Y en consecuencia, no existe tal idea.» (Tratado, I.)

5. Un sano escepticismo

«Pero por fortuna sucede que, aunque la razón sea incapaz de disipar estas nubes, la naturaleza misma se basta para este propósito, y me cura de esa melancolía y de este delirio filosófico, bien relajando mi concentración mental o bien por medio de alguna distracción: una impresión vivaz de mis sentidos, por ejemplo, que me hace olvidar todas estas quimeras. Yo como, juego una partida de chaquete, charlo y soy feliz con mis amigos; y cuando retorno a estas especulaciones después de tres o cuatro horas de esparcimiento, me parecen tan frías, forzadas y ridículas que no me siento con ganas de profundizar más en ellas.»

